

soledad agreste y no se habían percatado de que «Dios había muerto», llevan su existencia de sonámbulos movidos por la prestidigitación y el arte combinatorio del propio Zarathustra. Por esto a la nueva Edad Media la llaman también la Edad del nihilismo.—*JORGE USCATESCU (O'Donnell, 11. MADRID.)*

EL LAZARILLO DE CIEGOS CAMINANTES

La segunda mitad del siglo XVIII en la América hispánica revela ciertos rasgos que son anuncios de futuras transformaciones en todos los campos de la vida social. Se advierte por todas partes un hervor y una inquietud como hasta entonces no había conocido el Imperio español por estas tierras trasatlánticas desde los años de la Conquista. En diversos lugares, la sosegada existencia colonial de los virreinos y las capitanías generales se ve sacudida por conspiraciones y levantamientos, protestas armadas y rebeldías latentes que son síntomas de resquebrajamiento más profundos. Se atisba ya en el próximo futuro las guerras de la independencia, las hazañas de Bolívar, Sucre, San Martín y tantos otros.

En el ámbito intelectual un sordo rumor en tono creciente permite escuchar comentarios cada vez más violentos, un discurrir y debatir problemas y soluciones que ponen en el tapete de las cuestiones urgentes las ideas de los filósofos de la Enciclopedia. Por vías clandestinas y en las faltriqueras de los viajeros llegan a este continente libros de Voltaire, Rousseau, Diderot, etc., cuyos poseedores están en riesgos de sufrir persecuciones de las autoridades civiles y religiosas. Llegan también expediciones científicas cuyas memorias e informes ponen al descubierto facetas ignoradas de la vida económica y social de estas regiones, quiebras de la administración colonial, riquezas todavía no explotadas.

La vida de la literatura exhibía escasas muestras de obras relevantes. Nada podía esperarse, en esos años del siglo de las luces, de aquellos poemas neoclásicos con sus externos temas religiosos, sus fábulas adoctrinadoras y pedantes, sus sátiras más librescas que vitales. La prosa narrativa andaba con pasos cautelosos con la pesada carga de sermones religiosos, reflexiones trascendentales y abstractas disquisiciones. El afán trashumante que impulsaba a los viajeros europeos hasta esta América que les deslumbraba el ingenio y encendía su admiración prendía también en americanos que deseaban conocer

la fisonomía extraña y desdibujada que adquirirían regiones situadas a muchas leguas de distancia. Entre los libros que escriben los viajeros de la época ocupa lugar destacado este *Lazarillo de ciegos caminantes*.

Corrían las últimas décadas del siglo XVIII cuando circulaba por la América hispánica una obra que llevaba este largo título a usanza de la época: *El lazarillo de ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima con sus itinerarios según la más puntual observación, con algunas noticias útiles a los nuevos comerciantes que tratan en mulas y otras historias, y por si quería saber más el ávido lector añadía: Sacado de las memorias que hizo don Alonso Carrió de la Vandera en este dilatado viaje y comisión que tuvo por la Corte para el arreglo de correos y estafetas, situación y ajuste de postas desde Montevideo*. A continuación informaba quién era su autor: «Por Don Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, natural de Cuzco, que acompañó al referido Comisionado en dicho viaje y escribió sus extractos».

Al pie quedaba estampado el lugar y fecha de la edición, sólo que allí se afirmaba que fue impreso en Gijón, lo que no era cierto, sino en Lima; que lo fue en la Imprenta de la Rovada, falso porque debió ser en la de los Huérfanos, en Lima; y declaraba además que la impresión ocurrió en el año de 1773, cuando según parece lo fue en 1776.

A estas alturas el lector quedará confundido con estos datos. Porque *El lazarillo de ciegos caminantes* (como en forma concisa lo conocemos hoy) fue una perfecta superchería literaria. Durante muchos años se creyó que el autor—según declaraba la primera edición—era este indio que ostentaba el pomposo nombre de don Calixto Bustamante Carlos Inca, con su alias de Concolorcorvo. Hasta hubo algún crítico que subrayó la importancia de que un indígena hubiera pergeñado este volumen tan lleno de noticias, comentarios y anécdotas vivaces. Mas al cabo de tenaces investigaciones, en la actualidad puede afirmarse que no fue escrito por el tan pregonado Inca, sino por el propio Comisionado don Alonso Carrió de la Vandera (o Bandera) quien lo hizo imprimir en Lima y no en Gijón y, en realidad, tres años después de la fecha que aparece en la susodicha primera edición. ¿Por qué este don Alonso (que no tenía nada de don Alonso el bueno de que nos habla Cervantes) imaginó tal engaño? ¿Qué le condujo a enredar de tal manera la publicación de su libro de viajes?

No hace mucho, Marcel Bataillon, el gran hispanista francés, puso definitivamente en claro este problema del autor de *El lazarillo de ciegos caminantes*. En un ensayo, publicado en la revista mexicana *Cuadernos Americanos* (julio-agosto de 1960) (1) con el título *Intro-*

(1) Ha sido publicado en la versión francesa del *Lazarillo* editada en la Colección UNESCO d'oeuvres représentatives, París, 1961.

ducción a Concolorcorvo y a su itinerario de Buenos Aires a Lima ponía término a medio siglo de investigaciones en torno a la paternidad de esta obra. Don Alonso Carrió de la Vandra, que había nacido en Gijón (España) aproximadamente en 1715, había vivido más de treinta años en América (en México y en Lima) cuando fue designado en 1771 Visitador de Correos encargado de inspeccionar las postas terrestres entre Buenos Aires y Lima. Inició su viaje en noviembre de dicho año desde Montevideo, pasó después a Buenos Aires y continuó su ruta tal como relata en su libro. Durante diez meses, en la etapa comprendida entre Mendoza a Potosí, le acompañó como escribiente un indio que respondía por el nombre de Calixto Bustamante Carlos Inca.

En junio de 1776, Carrió de la Vandra enviaba ejemplares de su libro a los Jueces Administradores generales de la Renta de Correos, con las aclaraciones siguientes:

Las continuas ocupaciones en que me hallé hasta fin del año 1774, no me dieron lugar a pensar en la impresión de mi viaje... por lo que resolví hacer una impresión de 500 ejemplares para repartir a todos los Administradores Mayores de la Renta, desde Montevideo a Cartagena...

Y añade:

Disfracé mi nombre por no verme en la precisión de regalar todos los ejemplares. No ignoran ustedes, lo árido de un diario, particularmente en países despoblados, por lo que me fue preciso vestirle al gusto del país para que los caminantes se diviertan en las mansiones, y se les haga el camino menos rudo. Yo recelo, que no sea del agrado de ustedes por difuso y en algunas partes jocoso.

No parecen muy convincentes estos argumentos que emplea don Alonso. ¿Podríamos aceptar que quebrantó las ordenanzas de imprenta sólo por no verse «en la precisión de regalar todos los ejemplares»? Si bien es cierto que por estas declaraciones queda aclarada la paternidad del *Lazarillo de ciegos caminantes*, no por eso nos esclarece totalmente las causas por las cuales se disfrazó tras el nombre de un indígena. También parece cierto que don Alonso estaba enemistado con José Antonio de Pando que era Administrador General de Correos del Virreinato del Perú, su superior jerárquico con quien había tenido algunas diferencias. Acaso esta cuestión le sugirió utilizar otro nombre para que bajo ese disfraz poder dirigir todas las críticas y censuras que pudiera al sistema de correos y postas.

En las páginas del *Lazarillo*, su supuesto autor menciona la existencia de un tío suyo que anduvo por la Corte. Ya ha sido confirmada la

existencia de don Juan de Bustamante Carlos Inca, que fue gentilhom-
bre de cámara de Fernando VI. El propio don Calixto es mencionado
en una carta de presentación como un «joven de buenas prendas». No
hay por qué dudar, dado los documentos que se conservan, de que don
Calixto Bustamante Carlos acompañó al Visitador durante alguna
parte de su largo viaje, aunque no tuvo nada que ver con la redacción
de la obra que hizo relucir su nombre en la historia literaria hispano-
americana. Quitense de la cabeza algunos críticos la idea de que el
«señor inca», como le llama donosamente Carrió, fue un traidor a su
raza por los argumentos que empleaba en favor y defensa de la con-
quista y la colonización españolas. En definitiva, el Visitador es el
único responsable de las ideas tanto como de las bromas, anécdotas y
demás curiosidades que enriquecen su libro. ¿Y ese extraño seudónimo
de «Concolorcorvo»? preguntarán los lectores. En el mismo texto está
explicado: el nombre de Concolorcorvo deriva del color de los indí-
genas, cholos o mulatos, como dice el autor: «del color de ala del
cuervo». De ahí: «Concolorcorvo».

El título de la obra lleva de la mano a pensar alguna relación con
su homónimo el *Lazarillo de Tormes*. Aunque no es relato de ficción,
El lazarillo de ciegos caminantes es obra con muchos puntos de con-
tacto con la novela picaresca. Ciertos caracteres destacados —la cru-
deza, las expresiones escabrosas, el anticlericalismo, etc.— están de-
rivados directamente de la tendencia inaugurada por el *Lazarillo de
Tormes*. Cuando habla el supuesto Concolorcorvo de sus antecedentes
familiares emplea estos términos: «Yo soy indio neto, salvo las tram-
pas de mi madre; de que no salgo por fiador». De las otras mujeres
de su familia, afirma: «Dos primas mías coyas conservan la virgini-
dad a su pesar en un convento del Cuzco en donde las mantiene el
rey nuestro señor». Sigue a su lejano homónimo cuando aclara: «Yo
me hallo en ánimo de pretender la plaza de perrero de la catedral del
Cuzco para gozar inmunidad eclesiástica y para lo que me servirá
de mucho mérito el haber escrito este itinerario». Esta actitud de
broma y travesura es la que da el tono más atrayente a esta obra.
Dice el pretendido autor: «tengo a lo menos mucha parte en haber
perifraseado lo que me decía el visitador en pocas palabras. Imitando
el estilo de éste, mezclé algunas jocosidades para entretenimiento de
los caminantes para quienes particularmente escribí.»

Este libro posee como primerísimo mérito el ofrecer una visión
pintoresca de la vida americana en las regiones por donde pasaba la
ruta del correo inspeccionada por el Visitador. Se describen minucio-
samente las costumbres, usos, ambientes, tanto de las ciudades como
de la campiña de Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia y Perú. Tenía so-

brada razón Bartolomé Mitre cuando afirmaba: «se escribió por persona erudita y conocedora de las costumbres de la América española.» Nada escapa al ojo avizor del narrador. A las páginas áridas y monótonas pletóricas de datos útiles para los viajeros de la época, amalgama otras con anécdotas, chistes y comentarios agudos. A ratos parece un costumbrista de los que florecieron medio siglo después en las letras españolas e hispanoamericanas. En ocasiones recuerda nada menos que a Laurence Sterne en los trances divertidos de su «viaje sentimental». Toda la sociedad colonial hispanoamericana está presentada allí en sus muy diversas facetas.

Sin embargo, Marcel Bataillon advierte: «No exageremos su valor artístico». Carrió fue un escritor ocasional aunque estaba armado de indudable talento literario. Había hecho sus lecturas, de las que hace gala en su texto. Por eso menciona a *Don Quijote*, al «ingenioso Gracián» y al humorismo de Quevedo. Se le escapan a ratos ciertos galicismos: «cabaret» o «grillada». Suelta sus latinajos para que sepan los lectores que es hombre instruido en humanidades.

Luis Alberto Sánchez, siempre tan apresurado en sus juicios, deriva de su censura a la prodigalidad de los españoles el hecho de que era indio. Pues bien, como español al fin es el primero en tomar como objeto de sus severidades y de sus burlas a sus propios compatriotas:

Los españoles son reputados por los hombres menos curiosos de toda la Europa, sin reflexionar que son los que tienen menos proporción por hallarse en el extremo de ella... El genio de los españoles no se puede sujetar a las economías de franceses, italianos, flamencos y alemanes, porque el español, con doscientos doblones en el bolsillo, quiere competir con el de otro de estas naciones que lleva dos mil...

Pero no habla mejor de los mestizos o «cholos»:

Los serranos, hablo de los mestizos, son más hábiles en picardías y ruindades que los de la costa... Cuidado con los mestizos de leche, que son peores que los gitanos, aunque por distintos rumbos.

El Visitador no tenía buena opinión de los historiadores. Para él son ciegos que necesitan ir de la mano del viajero, que por esta razón debía actuar como un lazarillo. De ahí el título ingenioso que lleva su libro. En el capítulo primero, apunta:

Si fuera cierta la opinión común... que viajero y embustero son sinónimos, se debía preferir la lectura de la fábula a la de la historia... Supuesta, pues, la incertidumbre de la historia, vuelvo

a decir, se debía preferir la lectura y estudio de la fábula, porque siendo ella parte de una imaginación libre y desembarazada, influye y deleita más.

En las primeras páginas de la obra, Carrió nos describe pormenorizadamente la vida y costumbres de los «gauderios», antecesores de los gauchos:

Estos son unos mozos nacidos en Montevideo y en los vecinos pagos. Mala comida y peor vestido procuran encubrir con uno o dos ponchos, de que hacen cama con los sudaderos del caballo, sirviéndoles de almohada la silla. Se hacen de una guitarrita, que aprenden a tocar muy mal y a cantar desentonadamente varias coplas, que estropean, y muchas que sacan de su cabeza, que regularmente ruedan sobre amores. Se pasean a su albedrío por toda la campaña y con notable complacencia de aquellos semibárbaros colonos comen a su costa y pasan las semanas enteras tendidos sobre un cuero, cantando y tocando. Si pierden el caballo o se lo roban, les dan otro o lo toman de la campaña.

Otras muchas noticias da sobre los gauderios, el gran consumo que hacían de carne y de sus fiestas y reuniones. Al comunicar su asombro ante los extraños nombres que usaban, uno de ellos, llamado nada menos que Gorgonio, le explicó que:

«...los extravagantes nombres de los hombres y mujeres... eran de santos nuevos que había introducido el doctor don Cosme Bueno en su calendario, y que por lo regular los santos nuevos hacían más milagros que los antiguos, que ya estaban cansados de pedir a Dios por hombres y mujeres...

De esta manera, *El lazarillo de ciegos caminantes* está plagado de innumerables noticias curiosas y pintorescas sobre la vida colonial. De la cría, doma y comercio de mulas ofrece minuciosas informaciones. Habla de los hombres casados y célibes que había en Buenos Aires, de «la mujeres de esta ciudad, que en mi concepto son las más pulidas de todas las americanas españolas», de que en Salta el bocio entre las mujeres era endémico, del estado lamentable de las iglesias de Córdoba, de los indios pampas que tenían sus espías, a los que llamaban «bomberos», y estaban sumamente inclinados al pecado nefando.

En la segunda parte, al llegar a Potosí, escribe: «Ya, señor Concolorcorvo, me dijo el visitador, está usted en sus tierras, quiero decir en aquellas que más frecuentaron sus antepasados.» Y a continuación, tras arribar al Cuzco, dedica tres capítulos a defender la conquista y colonización española contra la llamada «leyenda negra»: «Con licencia de usted, señor don Alonso, voy a pegar dos coscorriones a los

extranjeros envidiosos de la gloria de los españoles». Para el autor, muchos de sus vicios y defectos los poseían los indios antes de la llegada de los españoles. Pero la defensa se trueca en picardía, como cuando habla de los súbditos de Moctezuma que eligieron al rey de España como su emperador: «En esta elección, dijo el visitador, desde luego que hubo alguna trampilla por parte de los españoles...».

Verdaderamente, este pseudo-diálogo entre el Visitador y el descendiente de los Incas resulta interesante testimonio para constatar cómo el español americanizado hace la defensa de la conquista y ataca a los compatriotas del «señor indio» que lo acompaña. A lo largo del texto podemos reconocer la personalidad de Carrió tanto como la de Calixto Bustamante Carlos. Entre los dimes y diretes de ambos se filtra una crítica no hiriente sino traviesa y pícaro. No se atrevía a más el señor visitador aunque hubiera disfrazado su nombre. De todos modos la obra posee un valor documental extraordinario para el conocimiento de aquella época. Tiene razón Raimundo Lazo cuando expone que «Social y literariamente, la obra, sin percibirlo su autor, anunciaba y preparaba el rompimiento de Hispanoamérica con lo colonial, el inicio de una nueva época que sería de la transición revolucionaria al nuevo orden que iba a establecer y conservar el siglo XIX».

Don Alonso Carrió de la Vandra es, por su vocabulario y estilo, un «español americano» de aquellos que realizaba fray Jerónimo Feijóo, que sabía advertir las diferencias entre los nacidos en la península ibérica y el nuevo tipo humano del criollo. No hay engolamiento alguno en esta prosa sencilla y escueta, llena de un dinamismo infrecuente en el siglo XVIII. Si por una parte es un colonizador, atento a las vanaglorias de la nación conquistadora, y miembro además de la burocracia colonial, por otra parte es un hombre de la época iluminista que expone sus discrepancias con una actitud crítica que se enmascara de travesura y broma. Léase *El lazarillo de ciegos caminantes* como un libro de viajes que contiene las inevitables informaciones preciosas para aquel momento, pero también libro de bromas y veras, como gustaban a Alfonso Reyes, por el que se deslizan entre páginas tediosas de datos y números los comentarios satíricos y las anécdotas vivaces de un autor curioso y festivo. Con toda seguridad fue el propio don Alonso quien primero se divirtió al escribir estas páginas y a ratos parece que sorprendemos los guiños y sonrisas con que debió acompañar la tarea de redactar su libro.—SALVADOR BUENO (*Biblioteca Nacional José Martí. Plaza de la Revolución. La Habana. CUBA*).